

GERNIKA

Luis Iriondo Aurtenetxea
Testigo del bombardeo de Gernika



Gernika es considerada como la ciudad santa de los vascos. En ella se encuentra el árbol, al que llaman santo y bajo el cual se reunían los representantes de los distintos pueblos para tratar los asuntos relativos al gobierno de los mismos. Al comienzo de la guerra, en el año 1936, era una pequeña ciudad de unos 5.000 habitantes. Era una ciudad antigua. Su iglesia es del siglo catorce. Calles estrechas y casas con armazón de madera y paredes de ladrillo configuraban la población. Su industria estaba compuesta de fábricas de maquinaria, armas, especialmente pistolas para el ejército, cubiertos, orfebrería, serrerías, fábrica de zapatillas e incluso una de chocolates y caramelos. El comercio era de

mucha importancia porque por hallarse en el centro de una amplia zona rural, los lunes asistían los habitantes de toda la zona a vender sus productos y de paso a comprar lo que necesitaban.

Y aquí nací yo. Me llamo Luis Iriondo Aurtenetxea y soy hijo de Juan Iriondo y Elvira Aurtenetxea. Tenía otros tres hermanos: Rafael, el mayor, que entonces tenía 17 años y estudiaba la carrera de Comercio en Bilbao. Patxi, de 9 y mi hermana Mari Cruz, de 5. Mis padres tenían un comercio de muebles y una carbonería. Mi madre se encargaba de la mueblería y mi padre del carbón. Además, vivían con nosotros Damasa, una mujer del cercano pueblo de Bermeo, que llevaba más de 20 años en nuestra casa y que era como una más de la familia. Cuando a los niños nos preguntaban a quien queríamos más, si a nuestra madre o a Damasa, nos ponían en un aprieto. Damasa, que a pesar de ser pequeña y delgada, tenía una gran fortaleza, acompañaba a mi padre en el reparto del carbón. Y también estaban con nosotros la perrita “Perla” y el burro “Perico”. Este último, pequeño y simpático, tiraba del carro de carbón, mientras “Perla” iba encaramada en lo alto de los cestos. “Perico” era muy conocido entre los chicos del pueblo. Cerca de nuestra casa había una campa de hierba que llamaban “plazatoros” porque quizá en algún tiempo hubo allí alguna plaza portátil y en ella solía soltar mi padre a “Perico” para que pastase, cuando terminaba su trabajo. Esta campa era también el lugar de recreo de los alumnos del cercano instituto y cuando estaba “Perico” lo citaban como si fuera un toro y “Perico” corría detrás de ellos alegre y juguetón, soltando unos sonoros “pedos” que eran la risión de todos los chicos. Cuando alcanzaba a alguno, le daba un pequeño empujón con el hocico para hacerle perder el equilibrio y luego saltaba por encima de él sin tocarle. Durante las fiestas del pueblo se solía celebrar una carrera de burros. Un día, un estudiante universitario le pidió a mi padre que le dejara a “Perico” para participar en ella. El día de la carrera y cuando todos esperábamos que “Perico” llegara el primero, vimos con desilusión que en la primera vuelta nuestro burro pasaba en último lugar y en la segunda ni siquiera apareció. Había ocurrido que “Perico”, acostumbrado a parar delante de los portales de los clientes, se paró en todos ellos, pese a los esfuerzos de quien lo montaba y cuando pasó delante de su cuadra, se metió en ella con jinete y todo a pesar de los esfuerzos de éste para impedirlo.

La primera noticia que tuve de la guerra fue en la playa. Estaba tumbado en la arena cerca de donde mi padre hablaba con un amigo y oía su conversación. Hablaban de que había habido una sublevación de tropas en el norte de Africa, en el protectorado español de Marruecos. No era una noticia muy preocupante en aquel momento porque Africa estaba muy lejos y no era la primera sublevación. En el año 32 ya había habido otra sublevación militar en Sevilla, del general Sanjurjo, que fracasó y en el 35 otra, esta vez de los mineros, en Asturias. Los tiempos estaban entonces bastante revueltos.

Pero después se precipitaron las cosas. Aparecían por el pueblo coches y camiones con gente armada. Un día dos guardias civiles a caballo y después de convocar a la gente a golpes de tambor leyeron un comunicado declarando el estado de guerra. Para nosotros, los niños, todo aquello era novedoso y casi motivo de juego. Ya no había clases porque la mayoría de los profesores habían quedado al otro lado, en la zona que empezaron a llamar “rebelde”. Para mí, el mayor motivo de preocupación fue que no llegara un “cómic” que se editaba en Barcelona, llamado “Mickey”. Cada vez que iba a la librería, el librero movía la cabeza y me decía. “todavía no ha llegado”. No sabía que no llegaría más y que me quedaría sin saber si la reina de los piratas iba a matar al chico bueno o se iba a casar con él.

El pueblo fue cambiando. Empezaron a faltar artículos de primera necesidad. Se habilitaron cuarteles para las distintas tropas. El frente se había estabilizado a unos 30 kilómetros y comenzaron a llegar noticias de la muerte de jóvenes del pueblo. Aparecieron también los primeros aviones. Se construyeron unos refugios con sacos de arena que eran totalmente inútiles, pero entonces nosotros no sabíamos nada porque no había conocimientos de lo que eran los bombardeos. A los muchachos nos divertía todo aquello y ayudábamos a cargar los sacos y a montar en los camiones para su transporte. Al principio, cuando llegaban los aviones, tocaban como señal de alarma las sirenas de las fábricas, pero como tenían que tocar también para llamar a los obreros, cambiaron por las campanas. Se instaló un puesto vigía en lo alto del monte “Kosnoaga”, que está encima del pueblo y desde allí agitaban una bandera cuando veían aparecer los aviones. Los primeros días, corríamos a los refugios en cuanto oíamos las campanas, pero después, al ver que nada ocurría y que las alarmas eran casi diarias, por la cercanía del frente, dejamos de preocuparnos y de hacer caso a la alarma.

La guerra no iba bien para los vascos. Las tropas de Franco atacaron por Navarra y tomaron San Sebastián, cerrándose la frontera con Francia y aislando por tierra a toda la parte norte de España que era leal al gobierno republicano, no quedando más que el mar para que pudieran llegar los alimentos y las armas que se necesitaban. Y en el mar patrullaban las mejores unidades navales que se habían puesto de parte de la sublevación.

Cuando progresaba el avance de los franquistas, empezaron a llegar los primeros refugiados. El pueblo cada vez estaba más poblado. Con los refugiados, que no cesaban de llegar y las tropas acuarteladas, el pueblo parecía que estaba siempre de fiesta. Las calles se llenaban y era un animado ir y venir de gente. Nosotros, más libres que nunca de la tutela de nuestros padres, que tenían otras preocupaciones, gozábamos más que nunca. No nos faltaban cigarrillos. Cuando venían los camiones con tabaco para los cuarteles nos prestábamos voluntarios para ayudarles en la descarga y siempre iban algunos paquetes a nuestros bolsillos. La verdad es que a mí no me gustaba fumar, pero creía que aquello me hacía más hombre.

Se tuvieron noticias del bombardeo de algunas poblaciones cercanas, especialmente de Durango, que está a 20 kilómetros y se tomaron más en serio la construcción de los refugios. En la plaza que llamamos “El Paseo”, donde se celebraba la feria de los

lunes, se construyeron cuatro túneles bajo tierra. Uno de ellos se hundió cuando lo estaban construyendo, pero luego se rehizo.

A mi madre debió parecerle que yo andaba demasiado suelto y habló con el director del Banco de Bilbao, que tenía escasez de personal porque le habían movilizado a los jóvenes que trabajaban en él y me colocó de “botones” para hacer los recados y otros pequeños trabajos.

El día 25 de abril de 1937 yo estaba cerca de “el Paseo” con mi amigo “Cipri” (Cipriano Arrien). Como yo, era muy aficionado al dibujo y esta afición nos unía. Yo le envidiaba porque él sabía dibujar motocicletas con todo el lío de su maquinaria y yo a lo más que llegaba era a hacer bicicletas. Conocí a Cipri cuando estaba dibujando en el suelo del “Paseo”, bajo las escuelas, una caricatura de Tolín. Este era un mecánico que tenía una barbilla muy hundida y el dibujo era copia de uno de Herran, un dibujante mayor que recientemente había expuesto en una de las aulas de la escuela de chicos, convertida en sala de exposición, una colección de caricaturas de personajes típicos de Gernika. En aquel tiempo no teníamos mucha oportunidad de dibujar sobre papel y con lápices y desarrollábamos nuestra afición empleando el suelo como soporte y con pedazos de yeso de las viejas paredes que encontrábamos para usarlos en lugar de tizas, que nuestros escasos recursos no nos permitían comprar. Unos años después coincidimos en la escuela de “Putilof” en la cuesta “del cojo”. Nos preparábamos para el ingreso en el instituto de segunda enseñanza que se iba a inaugurar en el año 1933 en el edificio que había sido antes de la Sociedad Guerniquesa, el casino del pueblo.

Era nuestro maestro un hombre culto, muy religioso, quien posiblemente por su parecido con algún personaje de aquella época, le habían dado ese nombre. Había sido “fraileki” o estudiante de fraile franciscano, que dejó sus estudios y habiéndose dedicado a la albañilería sufrió un accidente que le produjo la aparatosa cojera con la que nosotros le conocimos. Era un fumador empedernido, al que quizá por la deficiencia de los cigarrillos que entonces se liaban “a mano” le quedaba parte del tabaco en la boca y cuando para corregir algo en nuestras pizarras escupía para borrar, las dejaba regadas de perdigones de tabaco. Su especialidad eran las matemáticas, que eran nuestra debilidad y por eso nuestros padres nos mandaban a aquella escuela “particular” para poder aprobar en el ingreso al instituto.

No sé si debido al accidente o por otra causa, padecía una enfermedad de tipo urinario que le obligaba a ir frecuentemente al retrete. Como éste se hallaba en la planta baja y la escuela estaba en la planta primera y única del edificio y la planta baja tenía una gran altura tardaba bastante en volver y Cipri y yo aprovechábamos aquello para dedicarnos a unas actividades que nada tenían que ver con nuestros estudios. Cada uno de nosotros, en distinta mesa, tenía su propia clientela en las aventuras de indios y vaqueros que imaginábamos y plasmábamos en nuestras respectivas pizarras, casi como si fueran dibujos animados, rápidamente, alternando el dibujo con el escupitajo para pasar de una escena a otra, mientras explicábamos verbalmente a nuestros espectadores las distintas fases de la trama.

Un día falló el vigía que se colocaba por turno para avisar la llegada del maestro y éste nos sorprendió en plena faena. Pero cuando creíamos que iba a castigarnos, nos mandó que saliéramos a la pizarra grande de la escuela improvisando un concurso de dibujo entre los dos. El mejor tendría por premio dos “perragordas” como llamábamos a las monedas de diez céntimos. Con cada una de ellas se podía adquirir entonces cuatro caramelos o un paquete de cacahuetes (“avellanas” las llamábamos nosotros). Cipri dibujó un soldado y yo un vaquero. El maestro, muy diplomático, repartió el premio entre ambos, pidiéndonos que en adelante nos dedicáramos más al estudio.

Aquel domingo, 25 de abril, estábamos en “el paseo” después de haber gastado nuestra paga dominical en las “carameleras”, escasas de surtido en aquel tiempo, cuando vimos llegar una columna de milicianos que al parecer venían de retirada del frente y nos acercamos para ver las ametralladoras y pequeños cañones que llevaban en sus mulos. Iban sucios y cansados. Pasaron con paso cansino hacia la carretera de Bilbao. Sonaron las campanas y vimos pasar algunos aviones. Entonces me dijo “Cipri” que él tenía un lugar ideal para refugiarse en caso de bombardeo. Me llevó a la carretera de Lumo y me enseñó una pequeña hondonada que ya conocía porque junto a ella había un pequeño riachuelo donde más de una vez había puesto junto al agua palitos untados con un pegamento con la intención de cazar pajaritos. Nunca conseguí coger uno.

Al siguiente día, 26, yo iba contento hacía el Banco, después de comer. La víspera había estrenado pantalones largos. Los pantalones largos era para nosotros el reconocimiento de que nuestros padres ya no nos consideraban unos niños. A un amigo mío, mucho más alto que yo hacía algún tiempo que le habían puesto y yo desde entonces le había dado la lata a mi madre para que también me los hiciera. Cuando me los puso, me dijo mi madre que sólo era para los domingos, pero aquel día, por ser lunes y día de mercado, me permitió ponérmelos. No sabía entonces que no volvería a ponerme los pantalones cortos. Cuando llegué a la oficina, sólo estaba un empleado. Era un refugiado de Lekeitio, empleado del banco en aquel pueblo costero y que había tenido que huir ante el avance de las tropas de Franco.

Al de un rato, comenzó a sonar la alarma. El hombre me preguntó:

-¿Por qué tocan las campanas?

-Aviones –le dije sin darle mucha importancia- Es la señal de alarma.

El hombre se asustó.

-¿Dónde hay un refugio? –preguntó.

-Pase el ferial de ganado –le dije- suba unas escaleras y al fondo de la plaza hay varios.

-Acompáñame –me ordenó y no tuve más remedio que seguirle de mala gana.

“El Paseo” era el lugar donde se celebraba el mercado. El de ganado estaba algo más abajo, bajo un arbolado que llamaban “El ferial”.

Cuando atravesábamos el mercado sonaron las primeras explosiones. La gente asustada corrió a los refugios que estaban bajo la terraza. A mí me empujaron hacía el interior de uno de ellos. Hacía mucho calor porque el techo era bajo y no había ningún sistema de ventilación. Tampoco había luz. Al cabo de pocos minutos, costaba mucho respirar. Intentaba aspirar el aire pero no me llegaba a los pulmones. Creí que iba a morir asfixiado. Me acordaba también del refugio que se había hundido cuando lo construían y me entró el pánico pensando lo que ocurriría si una bomba caía encima de él. Un hombre intentó encender una cerilla y se le apagó.

-Agachaos todos –gritó- Hay poco oxígeno y más abajo se respira mejor, sentaos si podéis

Me agaché y apoyé la mano en el suelo. Estaba húmedo. Pensé que si me sentaba se ensuciarían mis pantalones y cuando fuera por la noche a cenar iba a tener bronca con mi madre. Me quedé agachado en cuclillas en una postura que me resultaba incómoda. Fuera, algo lejanas, se oían las explosiones. Pero al de poco rato, cesaron y alguien que parecía mandar dijo que ya podíamos salir.

Salimos al exterior y reviví al respirar otra vez aire puro. Me encontré con José Ramón, un amigo, hijo de eibarrés como yo. Eibar es una población de Gipuzkoa, lindante con Bizkaia, saturada de industria, de donde llegaron a Gernika unas fábricas de armas que ayudaron a la industrialización del pueblo. Todo esto había sucedido algunos

años antes de que yo naciera. Y con las fábricas vinieron los padres de muchos de nosotros. Y aquí encontraron a nuestras madres.

Parece que ha sido en Rentería, me dijo. Rentería es un barrio que se encuentra al otro lado del único puente que cruza la ría en el pueblo.

-Vamos a ver lo que han hecho –le dije, sin acordarme ya del Banco y del empleado de Lekeitio, al que no volví a ver más.

Pero antes de que llegáramos a las escaleras por las que se desciende de la plaza, sonaron nuevamente las campanas y echamos a correr otra vez a los refugios. Toda la gente corrió también. Esta vez y a pesar de las explosiones que habían comenzado a oírse, cada vez más cercanas, esperé a que me adelantaran todos y me quedé junto a la entrada. Una pared de sacos de arena me impedía ver lo que ocurría en el exterior. Allí podía respirar mejor, pero esta vez la única defensa que tenía, ante la caída de una bomba, eran aquellos sacos.

Ahora las explosiones eran mucho más fuertes. “El Paseo” es una plaza en forma de “U” en la que las escuelas de las chicas y los chicos forman los brazos laterales y la parte central era una terraza bajo la cual estaban nuestros refugios. A esta terraza la llamábamos “el sacafaltas” porque los días de bailes iban allí muchas mujeres a observar a los que bailaban abajo. Toda la plaza estaba porticada para que la gente pudiera pasear los días de lluvia sin mojarse. Las bombas parecía que eran lanzadas en andanadas por el sonido alargado que producían. Este ruido parecía entrar por uno de los brazos de la plaza y recorrer toda su extensión con un sonido largo, lúgubre, que parecía meterse hasta nuestro interior. Y las explosiones eran seguidas de ráfagas de aire caliente. Un aire con un calor templado, repulsivo, que a mí me parecía que tenía el sabor de la muerte

Entonces no lo sabía, pero después, al cabo de los años me he informado que los aviones habían salido de los aeropuertos de Vitoria y Burgos. El primero estaba en línea recta a unos 50 kilómetros y el otro a unos 140. Participaban 3 escuadrillas de bombarderos pesados JUNKER “JU-52” que suponen unos 27 aparatos, una escuadrilla (9 aparatos) de bombarderos HEINKEL “HE-111”, acompañados de la protección de 18 aparatos de caza, nueve HEINKEL “HE-51” y nueve MESSERSCHMITT “ME-109”. En total unos 55 aviones alemanes. También participaban aviones italianos.



Gernika estaba sin defensa alguna. Según un telegrama que mandó el presidente vasco Aguirre al Ministro del Aire el 15 de abril, 11 días antes del bombardeo, sólo había 4 aviones en Vizcaya en disposición de prestar servicio. En Gernika sólo había una vieja ametralladora, para adiestramiento de los reclutas, en el cuartel de los “gudaris” y ésta se encasquilló, en cuanto intentaron disparar. Por ello, los aviones alemanes podían bombardear a placer sin nada que se les opusiera. Durante el bombardeo parecía

que había algunas pausas, no muy largas. Al parecer, los bombarderos se turnaban. Arrojan las bombas y volvían posiblemente a Vitoria, a reponer sus cargas, cruzándose con los que había ido antes. Podían llegar en 15 minutos.

Sabíamos entre los chicos que en un bombardeo había que tener entre los dientes algún objeto porque una explosión muy fuerte nos podría reventar por dentro. No sé si esto era verdad, pero por precaución me había confeccionado con una rama de árbol despellejada, un palo de unos diez centímetros de largo. Cuando en las alarmas, en el refugio, metía entre los dientes aquel protector, resultaba un poco molesto si lo tenía durante mucho tiempo. Además, llevarlo todo el tiempo en el bolsillo acababa cansando y un día lo tiré porque nunca ocurría nada. Ahora lo eché en falta pero lo suplí por el dedo índice doblado que lo metí entre los dientes. Era menos molesto que el palo.

En la iglesia, en las clases de catecismo, nos habían dicho que en caso de peligro de muerte debíamos rezar la oración del “Señor mío Jesucristo”, en la que se pide perdón por los pecados y se promete no volverlos a cometer. Cuando intenté hacerlo, me interrumpió el susto de una explosión cercana. Volví a intentarlo.

-Señor mío Je....

¡Brroooooom...!

Esta vez fue como una andanada. Pareció entrar por uno de los brazos de los arcos y llegó como desgranando su ruido, acercándose y pasando de largo hasta salir por debajo de las escuelas de las niñas.

-Señor mío Jesu...

Parecía que cada vez caían mas cerca. Si caía alguna en la terraza, ¿resistiría? Se podía taponar la entrada del refugio y moriríamos todos ahogados. Sería horrible.

-Señor...

Otra interrupción. Una y otra vez. Siempre lo mismo. Y además, a veces llegaba el ruido acompañado de aquella bocanada de aire repelente,

Y no veía lo que estaba pasando en el exterior. Los sacos no me dejaban ver lo que ocurría. ¿Qué iba a poder contar al día siguiente cuando me reuniese con mis amigos? Me acordé de Cipri. Seguramente habría ido a su refugio. Allí, al aire libre, junto a la carretera de Lumo. ¿Por qué no había ido yo también? Ya no podía salir. Estaba atado a aquel agujero. Otra vez no volvería a hacerlo. En el campo hay más recursos y allí no echan bombas porque apenas hay casas que destruir.

No podía pensar más que en los estampidos y el calor que me llegaban de fuera. Y envidiaba a “Cipri” que vería todo desde su posición en el campo. Los giros de los aviones y el lanzamiento de las bombas. El si que tendría muchas cosas que contar.

Y seguían el bombardeo interminable con mis infructuosos intentos por terminar aquella oración.

¿Cuánto tiempo duraba? ¿No tenían los bombardeos un tiempo para su realización, como todas las cosas? Junto a mí había un miliciano, apoyado a los sacos y mirando al suelo, ensimismado, y pensé que aquel lo sabría.

-¿Falta mucho para que termine? -Le dije.

Creía que por su experiencia en la guerra, podría contestar a mi pregunta. Me miró, volvió la vista al suelo y no me contestó.

Después de un tiempo que creí infinito, por fin, cesaron las explosiones. Pasó un rato de espera y el miliciano me dijo:

-Parece que ya ha terminado.

Cuando salí de entre los sacos al exterior me detuve aterrado. Todo el pueblo estaba en llamas. Una nube de humo cubría el cielo. No sabía si el fin del bombardeo sería definitivo y eché a correr junto a los tenderetes derribados de los quincalleros y corrí hacia las escaleras que junto a las escuelas de las niñas subían hacia la Casa de Juntas

para de allí ir a la carretera de Lumo y salir al campo Al pasar junto al “sacafaltas” sin detenerme, miré hacía abajo y vi que todo Gernika era una hoguera.

La gente que huía del pueblo subía en la misma dirección. Junto a la fuente de Udetxea me llamó la atención un objeto brillante. Me acerqué y vi que era como un tubo metálico. Estaba roto y de su interior salía una masa blanca. Era una bomba incendiaria. Según leí años después, fueron arrojadas 3.000 bombas como aquellas, además de otros 50.000 kilos de bombas explosivas.



Al igual que sucedió en Durango, el ataque fue indiscriminado y causó numerosas víctimas civiles



La población salió a la calle y descubrió una ciudad fantasma

Al llegar a la primera curva, donde estaba el “refugio” de Cipri vi que había un “gudari” con un fusil haciendo guardia. Detrás de él, en el sitio donde estaba la hondonada, me pareció ver unos cuerpos de personas. Me acerqué a ver mejor pero el “gudari” no me lo permitió. Entonces no relacioné aquellos cadáveres con los de mi amigo. No me entraba en la cabeza que “Cipri” pudiera haber muerto.

Algo más arriba una señora me dijo que había visto a mi madre con mi hermana. Entonces me di cuenta que no me había acordado de lo que pudiera pasarle a mi familia. El instinto de conservación había bloqueado en mí cualquier otro sentimiento. Le pregunté por los demás familiares pero nada más sabía. Junto a la segunda curva, en el lugar que llaman “Cuatro bancos”, encontré a mi amigo Eloy. También él vivía en “plazatoros” No había visto a ninguno de los míos ni yo a los suyos. Subimos a una loma desde donde se veía todo Gernika y allí, sentados en la hierba contemplamos como ardía nuestro pueblo. La casa donde vivía Eloy, que estaba junto a la mía, era una de las más grandes de Gernika. Le llamaban “El Circo” porque en su interior había un salón de espectáculos que hacía muchos años que estaba cerrado. En un momento dado, las paredes del edificio se desplomaron produciendo una gran humareda. Eloy, sin emoción alguna, me dijo:

-Allí están mi abuela y mi tía. Una sorda y la otra paralítica.

Llevaba un paquete de tabaco en el bolsillo que me había dado mi primo Enrique. El día anterior había venido su padre del frente y le había quitado dos paquetes de la mochila. Le ofrecí un cigarrillo a Eloy. No me importaba que cualquier conocido me viera fumar. Me parecía que aquel día nos habíamos convertido en hombres. La verdad es que a mí no me gustaba el gusto del tabaco, pero me parecía que las circunstancias lo exigían. Pero no pudimos encender los cigarrillos. A pesar del fuego que devoraba Gernika, nosotros no teníamos para encender nuestros cigarrillos.

-He oído –me dijo Eloy, mientras tirábamos los inútiles cigarrillos- que han arrojado papeles diciendo que mañana van a volver y arrasarán todo lo que ha quedado en pie y también los caseríos de los alrededores.

-¿Qué hacemos?-le dije. No estaba dispuesto a pasar otra vez otra prueba como aquella

-Podríamos ir a la cueva de Forua –propuso- Allí estaremos seguros.

Esta era una cueva que se encontraba en una aldea cercana. A dos kilómetros de Gernika, junto a unas canteras. Pero estaba anocheciendo y no era prudente ir por el monte a aquellas horas ya que la otra posibilidad, el hacerlo a través del pueblo en llamas nos pareció menos atractiva. Decidimos hacerlo al día siguiente, pero necesitábamos encontrar un lugar para dormir aquella noche. Acordamos subir hasta Lumo.

Lumo es una aldea que se encuentra a menos de dos kilómetros, encima de Gernika. En un tiempo, Gernika fue un barrio suyo, pero en el año 1.363 el conde Don Tello, señor de Vizcaya, le concedió a Gernika unos fueros especiales y lo declaró independiente. Ahora Lumo era una iglesia con unas pocas casas alrededor, formando una plaza.

Cuando llegamos, vimos que había luz en uno de los caseríos y gente en su interior y nos acercamos. Una de las mujeres que estaba junto a la puerta, me reconoció, pues vivía cerca de mi casa.

-Es el hijo de Elvira, la mueblera –les dijo a los demás y nos invitó a pasar

Era la cocina de la casa y estaba llena de gente. La mayoría de los que allí había eran de Gernika que, como nosotros, había huido del pueblo. Nos dieron un tazón de leche. Estaba llena de nata y a mí no me gustaba la nata porque me daba la sensación de tragar telarañas, pero hice de tripas corazón y además tenía hambre y me la tragué. Después nos ofrecieron para dormir unos catres que había en la cuadra y que habían dejado unos soldados en su retirada. Nos dieron unos sacos para taparnos.

En la cuadra, con el calor de los animales, no hacía frío y cansado por la emociones del día me dormí enseguida. No sé cuanto tiempo llevaría durmiendo cuando algo me despertó. Me incorporé en el catre sin saber por qué lo hacía, cuando oí que gritaban mi nombre. Eché a un lado los sacos y sin decirle nada a Eloy, salí al exterior. El incendio de Gernika alumbraba la plaza cuando vi en medio de ella la silueta de una mujer. Era mi madre que gritaba otra vez mi nombre. Eché a correr hacia ella y nos fundimos en un abrazo.

-Vamos al pueblo –me dijo cuando nos separamos al cabo de un rato. Nos van a llevar a Bilbao.

Mientras bajábamos por la carretera, me fue contando lo que había sido de ellos en aquellas horas. Ella había huido al campo con Mari Cruz, la hermana menor y estuvieron metidas en una zanja durante todo el bombardeo. Patxi, el hermano que entonces tenía 10 años, era el que peor lo había pasado. Estaba junto al instituto, que entonces era un cuartel comunista, cuando comenzó el bombardeo. El centinela que estaba de guardia le llevó con él a un campo cercano donde se echaron al suelo. Una bomba cayó junto a ellos y Patxi al volverse sólo vio un brazo que sobresalía entre la tierra que les había caído encima. Aterrado, echó a correr por las calles del pueblo con una sólo idea en la cabeza. Llegar a un refugio que sabía estaba en el chalet denominado del “Conde Arana”, en San Juan Ibarra. Corría en pleno bombardeo sin hacer caso a las voces que le gritaban desde los portales para que se refugiara en ellos. Llegó al chalet en el momento en que varias bombas caían sobre el refugio. Cayó desmayado al suelo, pero afortunadamente, mi padre se encontraba en el interior y le tomó en sus brazos. Aprovechando una de las pausas en el bombardeo, salieron del edificio todos los que estaban en el interior, porque había comenzado a arder la casa y se dirigieron a los bajos del Ayuntamiento, a unos 250 metros, que también se había habilitado para refugio. También éste resultó alcanzado y destruido, pero consiguieron salir de él.

Cuando todo terminó, buscó a mi madre y entregándole a Patxi, mi padre corrió a nuestra casa para ver si podía salvar algo. La casa estaba ardiendo y se dirigió al lugar donde guardábamos a “Perico”. Abrió la puerta y una llamarada le echó para atrás. A través del fuego pudo ver al burro que trataba de desasirse de sus ataduras. Intentó entrar, pero tuvo que separarse de la casa porque ésta se desplomó sepultando al pobre “Perico”. Siempre se lamentó mi padre el no haber llegado un poco antes pues había querido mucho al simpático animal.

De mi hermano Rafael tenía noticias de que le habían visto, después del bombardeo, ayudando a sacar las piezas de tela de una tienda que estaba ardiendo. Un amigo de la familia, que estaba en la “Ertzaintxa” (policía vasca) había conseguido un coche para llevarnos a Bilbao.

Cuando llegamos a Gernika, había mucha gente moviéndose de un lado a otro. Gudarís y bomberos de Bilbao trataban inútilmente de atajar el fuego. Movían las mangueras gritando y dándose órdenes, pero habían reventado las cañerías y no salía el agua. Junto a la Casa de Juntas, donde está el árbol que da fama al pueblo, había también mucha gente. Parecían autoridades o periodistas, que habían venido de Bilbao. Allí estaba el coche que nos iba a llevar, a mi madre y los tres hermanos. Mi padre no estaba allí. Entramos al coche y salimos hacia la capital.

Los primeros días nos alojamos en casa de un viajante de muebles, muy amigo de la familia. Mi padre nos encontró allí. Eramos una carga demasiado pesada para nuestro anfitrión y encontramos un piso que había dejado deshabitado un dirigente sindical que luchaba en el frente y que accedió a dejarnos mientras durara nuestra situación. El piso estaba en una casa de seis pisos en un barrio obrero, cerca del ayuntamiento de Bilbao y en la ladera del monte Artxanda, uno de los montes que rodean a la capital de Vizcaya. Ibamos a comer a los comedores que la asistencia social había puesto para atender a los cada vez más numerosos refugiados que iban llegando. Cerca de donde nos encontrábamos, había un túnel de ferrocarril y mi hermano Patxi se pasaba todo el día metido en él. Tenía tanto miedo a los aviones que teníamos que llevarle la comida al túnel pues se negaba a salir durante el día. Del hermano mayor, Rafael, que tenía 18 años, nos enteramos que estaba incorporado a filas en un batallón de transmisiones.

Entretanto, las tropas de Franco habían entrado en Gernika y se acercaban a las fortificaciones que rodeaban Bilbao y que llamaban “El Cinturón de Hierro”. El ingeniero que lo había construido, Luis Goikoetxea, inventor después del tren “Talgo”, con los planos del mismo se pasó al bando franquista. Con aquellos datos, no les fue difícil romper el “cinturón” y continuar su avance hacia Bilbao. Las tropas vascas ofrecían una gran resistencia, pero con pocos medios y sin cobertura aérea, eran machacadas por los aviones enemigos durante el día y tenían que contraatacar durante la noche para recuperar las posiciones que iban perdiendo. Ya desde Bilbao oíamos los ruidos de la batalla, que se estaba acercando al monte Artxanda, casi encima de nuestras cabezas.

Un día, había bajado a Bilbao y vi a unos milicianos que reclutaban en la calle a toda persona que creían que podría sostener un fusil, para mandarlo al frente. Uno de ellos me agarró del brazo e intentó llevarme.

–Sólo tengo catorce años –le dije, pero no me hizo caso. De un tirón me desprendí de la mano que me agarraba y eché a correr. No intentó seguirme.

Volví a casa. Ya se estaba luchando en Artxanda, a menos de un kilómetro de nuestra casa. Estaba sólo en casa. Mi madre, con la hermana, habían ido a hacer compañía a Patxi en el túnel. Yo había encontrado entre los libros del sindicalista, una novela y la estaba leyendo cuando me pareció oír un sonido como de un coche que arranca, pero algo distinto. De pronto, me di cuenta de lo que era. ¡Un obús! Tiré el libro que tenía en la mano y eché a correr escaleras abajo. Vivíamos en el quinto piso y la casa no

tenía ascensor. Antes de llegar al portal oí la explosión. Sonó algo lejana. Debió ser algún obús lanzado contra las líneas del frente que, mal calculado, pasó por encima de nuestras cabezas.

Cuando mi padre llegó aquella noche a casa dijo:

-Aquí estamos mal. Tenéis que salir de aquí. Yo no puedo porque no dejan salir a los hombres. Me he enterado que sale un tren para Santander esta noche y tenéis que marchar en él.

Recogimos las pocas pertenencias que teníamos y salimos hacía la estación. El paso por las calles era peligroso. Se luchaba en Artxanda y las balas perdidas caían sobre Bilbao, produciendo un extraño ruido metálico, como el tañido de una cuerda de guitarra, cuando chocaban con los cables de los tranvías. Teníamos que evitar las calles que estaban orientadas hacía el monte o correr arrimados a la pared, cuando no había más remedio. Cuando llegamos, los andenes estaban atestados de gente con maletas, mantas, colchones, bolsas, etc. Mi padre se separó de nosotros para ir a informarse. Al de un rato volvió.

-Nadie sabe nada –dijo- Ni siquiera saben si va a haber un el tren. Me he enterado que en el puerto, frente a la universidad de Deusto, va a salir un barco para Santander.

Otra vez tuvimos que recorrer las calles de Bilbao acompañados del sonido de las balas perdidas. Al pasar por una plaza, me pareció oír el siseo de un obús y me eché al suelo. Los que me acompañaban hicieron lo mismo y la gente que había por los alrededores también. Pero no ocurrió nada. Esta vez debió ser un coche.

-Creí que era un obús –le dije a mi padre para disculparme.

Cuando llegamos al puerto, estaban embarcando los últimos. Nos despedimos de mi padre con un rápido abrazo y subimos al barco. Nos mandaron ir a proa. Un remolcador tiraba de la nave que iba con las luces apagadas. En Artxanda se veían los fogonazos de las explosiones y su sonido llegaba hasta nosotros. Al llegar a la desembocadura de la ría, nos dejó el remolcador y el barco, sin alejarse mucho de la costa, para evitar a los posibles barcos de guerra enemigos, enfiló hacía Santander.

Amanecía cuando llegamos. Desembarcamos y nos condujeron a un cine, donde nos dieron pan y queso. Mi madre nos dejó recomendándome que cuidara de mis hermanos. A media mañana volvió para decirnos que aquella noche ya teníamos donde dormir. Había buscado a un fabricante de muebles del que había sido cliente y nos había invitado a que pasáramos en su casa la noche. Nos dio tortilla para cenar y aquella tortilla, por el hambre que tenía, me pareció la tortilla más rica del mundo.

En el reparto que habían hecho de los refugiados, nos tocó ir a Torrelavega, una ciudad a unos 20 kilómetros de Santander, donde nos alojaron en una casa en el centro del pueblo donde disponíamos de una gran habitación para los cuatro. Ibamos a comer a la Asistencia Social. En la comida que nos daban se notaban los problemas de abastecimiento que había. Cada vez había más refugiados y menos comida. A media tarde no teníamos fuerza para subir al segundo piso donde vivíamos y teníamos que agarrar a la barandilla de la escalera para no caernos de debilidad. Mi madre temió por nuestra salud y un día, dejándonos, marchó a Santander para ver de buscar una solución a nuestra situación. Vino por la tarde y nos dijo:

-Estad preparados. Nos marchamos de aquí.

-¿A dónde? –le pregunté.

-No sé, creo que a Francia. Hay un barco que sale esta noche de Santander y tenemos que ir en él. Así no podemos seguir.

Aquella noche embarcamos en un buque carbonero inglés. Su nombre era el “Kenwick Pool”. Nos metieron a todos en las bodegas. En éstas había trigo que nos ser-

vía de cama. Posiblemente el barco había llegado con ese cargamento y ahora el lastre lo aprovechaban para que nos sirviera de cama a nosotros. Olía a gente. A mucha gente apiñada y con el movimiento del barco, que ya había zarpado, para aprovechar las horas de la noche y cruzar el bloqueó, me estaba causando náuseas. Cuando empezó a amanecer, cogí un puñado de trigo en el bolsillo y subí a cubierta. El trigo lo llevaba para intentar con él calmar el hambre que sentía. Fuera hacía frío. La mar estaba algo picada y el barco se movía mucho. A ambos lados del barco y sobresaliendo sobre el mar había una especie de casetas de madera. Eran los retretes improvisados para el gran número de pasajeros que llevaba el barco. Intenté masticar el trigo, pero estaba muy seco y duro y no conseguí comerlo.

Se fue calmando el estado de la mar e hicimos la travesía sin novedad hasta el norte de Francia. El barco fondeó frente a un puerto donde pasamos casi todo el día, esperando nos permitieran desembarcar, pero en lugar de eso, levó anclas y se dirigió hacia el sur. Tras otra noche en el mar, llegamos a Burdeos (Bordeaux). Junto al muelle donde atracó había una estación. En un pabellón del muelle donde nos vacunaron y nos embarcaron esta vez en un tren. Estando allí, esperando que arrancara, un grupo numeroso de señoritas se acercó al tren repartiendo tabletas de chocolate. Yo dudaba en utilizar el francés que había aprendido en el instituto para pedirles que también me lo dieran, pues no creía que valiera para algo lo que había estudiado. Por eso, le dije a mi hermanita:

-Dile a la primera que pase “donnez moi de chocolat”.

Así lo hizo y a pesar de su pronunciación, o quizá porque en aquel momento extendía también la mano, le dieron una tableta. Esto me animó a emplear yo también en adelante el francés que había aprendido.

El tren partió hacia el norte y el viaje fue como un paseo triunfal. En muchas de las grandes estaciones donde paraba había autoridades y mucha gente esperando, incluso en algunos sitios con banda de música, para darnos no sólo la bienvenida, sino también comida abundante. Nos recibían con pancartas y guirnaldas, como si viniéramos victoriosos de alguna batalla, cuando en realidad veníamos rotos y derrotados.

En cada estación, descendía algún grupo del tren, destinado a quedarse allí. A medida que nos acercábamos hacia el Norte, cada vez éramos menos en el convoy. En una ocasión, un hombre ya mayor, irrumpió en nuestro vagón armado con un cuchillo y gritando que parara el tren. Decía que él quería volver a su casa. Al parecer, al pobre hombre que debía tener muchos años, tantas vicisitudes le habían trastornado la cabeza y añoraba su hogar. Alguien, al parecer, tiró de la cadena de alarma porque el tren se detuvo. El hombre saltó al exterior, pero unos empleados del ferrocarril fueron tras él y le trajeron otra vez al tren. Ya no supimos más de él.

Cuando ya apenas quedaba gente, también a nosotros nos mandaron descender. Estábamos en Vernon-Eure, en el departamento de Normandía, una población situada al Oeste de París y a unos 60 kilómetros de la capital francesa. Nos trasladaron a un viejo caserón que en otro tiempo debió ser parque de bomberos, pero que ahora en parte estaba ocupado por dependencias de un sindicato. El resto lo ocupamos nosotros. En la primera planta estaban la cocina y el comedor y en el ático, bajo el tejado, dos dependencias destinadas a dormitorios corridos. A otro chico de Bilbao, un año mayor que yo y a mí, por ser los mayorcitos, nos asignaron una pequeña habitación que había entre ambos dormitorios. Las camas debían proceder de un cuartel de soldados que había enfrente de nuestra casa. Consistían en unas tablas que se apoyaban en unos soportes de hierro y las colchonetas eran de paja. Después de las tres noches pasadas en el barco y en el tren, nos parecieron que eran de plumas.

Como yo era el único que sabía algo de francés, me convertí en el intérprete de la colonia. Acompañaba a mi madre, que designaron como administradora, quizá por ser la madre del intérprete, a hacer la compra. Eramos unas 30 personas y las mujeres se turnaban en la cocina. Todas las semanas venía un representante del ayuntamiento a pasarnos lista y entregarnos la asignación que no sé de donde procedía. Posiblemente, del gobierno español o el vasco.

Era un pueblo muy bonito, a orillas del Sena junto al cual había una gran playa donde gracias a un ex-campeón de natación que ejercía de socorrista, perfeccioné un poco mis conocimientos natatorios. Pero a pesar de hallarnos lejos de la guerra y encontrarnos bien, añorábamos nuestra tierra.

En una de las primeras salidas que hicimos a conocer el pueblo, Patxi, de pronto se acurrucó contra una pared y gritó. ¡Un avión, un avión! En efecto, un avión comercial pasaba en aquel momento. Nos costó hacerle comprender que allí no estábamos en guerra y que no tenía que temer a los aviones. Todavía tenía dentro el terror que le había dejado el bombardeo. Y prácticamente, nunca saldría de él. Siendo ya mayor, alto y fuerte, jugando como delantero centro del equipo de fútbol de Gernika, donde era conocido por su valor ante los jugadores contrarios, los días de tormenta se volvía nervioso e irascible. Era en vano que le dijéramos que no tenía nada que temer. Inconscientemente, el ruido de los truenos le recordaba en su interior los sonidos del bombardeo. Y aunque lo intentaba, no consiguió vencer esta obsesión.

Cuando llevábamos poco tiempo, Patxi enfermó. Tenía apendicitis. Le ingresaron en el hospital, donde le operaron. Lo pasó muy mal. Cada vez que le visitábamos nos pedía que le sacáramos de allí. No podía entenderse con la gente que le atendía y se encontraba demasiado sólo, sin nadie con quien poder hablar. De nada le servían los “tebeos” franceses que le llevaba porque no los entendía.

A finales del mes de julio, tuvimos noticias de mi padre. Seguía en Bilbao, en la misma casa donde habíamos estado. Rafael, nuestro hermano mayor, estaba prisionero. Nos pedía que volviéramos y mi madre no lo dudó un instante. Era una mujer muy decidida. Dejándome al cuidado de mis hermanos y sin saber una palabra de francés, se fue a Paris, a las oficinas del Gobierno Vasco y arregló los papeles para que pudiéramos volver.

Tuvimos que pasar por Paris, cuando allí se celebraba la Feria Internacional en donde en el pabellón español se exhibía por primera vez el cuadro de Picasso que lleva el nombre de nuestro pueblo. Claro que entonces no lo sabíamos, ni hubiéramos podido ir a verlo. Salimos de noche y a la mañana siguiente llegamos a la frontera.

Lo que encontramos en España era muy distinto a lo que habíamos dejado. Tuvimos que arreglar la documentación en el ayuntamiento de Irún y al entrar en un bar a desayunar, me llamó la atención un letrero que había en la pared. Decía: “Si eres español, habla español”. Yo creí que estaba dirigido a los que venían de Francia, pero se refería a nuestra lengua. Al euskera.

En el tren, de San Sebastián a Bilbao, venía junto a nosotros un señor con el que entablamos conversación. Al decirle de donde éramos salió a relucir el asunto de la destrucción de Gernika y cuando le hablamos del bombardeo, se llevó el dedo a los labios y mirando en derredor, nos dijo:

-No digáis que Gernika fue bombardeada.

-¿Por qué? –le preguntamos.

-Porque hay que decir que fue quemada por los rojos.

Esta vez fue la primera vez que oíamos hablar de este asunto.

El bombardeo de Gernika, cuando apareció en la prensa de todo el mundo causó un gran impacto que sorprendió a los mismos franquistas pues suponía un gran despres-

tigio para su causa. Entonces, para contrarrestar el efecto causado, su propaganda difundió la noticia de que los rojo-separatistas, en su retirada, habían destruido el pueblo dándole fuego. Lo que no explicaban era quién había matado a los que murieron aquel día. Y sin venir a Gernika para hablar con los supervivientes, buscaron “pruebas” que avalaran lo que ellos decían y a tal fin, publicaron una fotografía de la iglesia de San Juan, quemada y con unos bidones de gasolina al lado. Los guerniqueses sabíamos que aquellos bidones eran los del surtidor de gasolina que estaba junto a la iglesia ya que en aquel tiempo, al no haber camiones aljibes, se transportaba en aquellos envases el combustible. Existe otra fotografía, muy anterior a esa, posiblemente del día siguiente al bombardeo, en la que no aparecen los mencionados bidones. En otra ocasión, vi en un periódico de Madrid una fotografía de la iglesia de Santa María con un pie que decía: “Iglesia de Santa María, destruida por los separatistas en su retirada y reconstruida por la España de Franco”. Y la iglesia que aparecía en la fotografía tenía seis siglos.



Las cifras de víctimas son todavía una incógnita.



1937-Luis Iriondo con 14 años

Al llegar a Bilbao, mis padres hicieron las gestiones necesarias para liberar a mi hermano Rafael, que estaba prisionero, pero el mismo día que le dejaron en libertad lo incorporaron a su ejército. Fuimos a recibirle al tren que le traía de la prisión para despedirle seguidamente en el que le llevaba a su nuevo destino como soldado de Franco y de allí otra vez al frente.

Mi padre tuvo que trabajar como obrero en una fábrica de Bilbao y mi madre fue a Gernika para tratar de volver a montar el negocio de muebles. El pueblo estaba en ruinas y en los bajos de algunas casas, que no habían sido totalmente destruidas, surgían algunas tiendas. El Ayuntamiento habilitó los bajos de las escuelas, cerca de donde habían estado los refugios e incluso éstos se aprovechaban también. En una de esas lonjas mi madre, gracias al crédito de los fabricantes que ya le conocían, pudo reanudar el negocio. Yo ya no podía seguir con mis estudios debido a la precaria situación económica que atravesábamos y traté de buscar trabajo, preparándome para labores de oficina.

Cuando pude visitar Gernika, los prisioneros de guerra eran empleados para hacer las labores de desescombro. Ya habían limpiado las calles y se podía transitar por ellas. Entonces me enteré de la muerte de Cipri. Había muerto en aquel “refugio” de la carretera de Lumo. El que tanto había envidiado durante el bombardeo.

Cuando terminó la guerra, en 1939, seguimos en Bilbao pues se había reconstruido muy poco de Gernika y el año 42, un mes antes de incorporarme al servicio mili-

tar, mi padre murió inesperadamente de pulmonía. Estando yo de soldado, mi familia se trasladó a Gernika, a una casa de la misma calle donde habíamos vivido antes de la guerra, junto a “plazatoros”, la campa donde solía correr “Perico” detrás de los chicos del instituto.

Aunque oficialmente, no podía hablarse de la destrucción de Gernika como producida por un bombardeo, en el pueblo y en las conversaciones entre amigos y familiares, se hablaba libremente de ello. En la parroquia publicábamos los jóvenes una especie de periódico, destinado a los guerniqueses ausentes y teníamos que hacer juegos de palabras aludiendo al incendio, a la destrucción, etc. de Gernika, pero sin escribir la palabra bombardeo, aunque todos sabíamos qué quería decir lo que escribíamos. En el año 1953 estando en Bilbao, me presentaron a dos periodistas franceses a los que hablé claramente e incluso me trasladaron en su coche a Gernika y me sacaron algunas fotos en el pueblo. No sé lo que escribieron, pero no tuve ninguna represión. Poco a poco se fue aflojando aquella presión y ya se empezó a escribir tímidamente sobre el asunto, al menos poniendo en duda la autoría de su destrucción, hasta que en 1970, Vicente Talón, un periodista de Bilbao, publicó el libro “Arde Guernica”, recogiendo los testimonios de los supervivientes. Ya habían pasado 33 años y el régimen ya no parecía importarle tanto el mantener la mentira. El mundo se había olvidado de aquella tragedia y la difusión de su verdad ya no podía hacerles daño.



La ciudad queda en ruinas tras el ataque de la legión comandada por el teniente coronel Wolfran von Richthofen.

Con la llegada de la democracia proliferaron los libros relativos al tema, pero ya no eran una noticia. En 1987 se celebró el cincuenta aniversario del bombardeo como si se tratara de una gran fiesta. Hubo música por todas partes, bailes, conciertos de rock, etc. Llegaron jóvenes de lo más variopinto que se apoderaron del pueblo como plaza conquistada, cometiendo toda clase de desmanes. Fue un día triste para nosotros, los que habíamos conocido el bombardeo. Se estaba celebrando una fiesta de alegría y jolgorio para conmemorar la destrucción de nuestro pueblo y la muerte de muchos seres queridos. Alguien dijo: “¡Quiera Dios que no haya otro bombardeo para que no pueda celebrarse otro cincuentenario como éste!”.

Diez años después, en 1997 la cosa cambió. Se celebró una misa en el cementerio, en el mausoleo dedicado a los muertos de aquel día, durante la cual estuvo tocando,

mientras duró la misa, la campana que había sido de la destruida iglesia de San Juan. Tocaba pausadamente, como el toque de difuntos que en otro tiempo también tocó. Hubo también un encuentro entre las autoridades alemanas y los supervivientes, en el cual el embajador alemán, leyó por primera vez, un escrito del presidente de Alemania reconociendo que había sido su aviación, la Legión Cóndor, la que había bombardeado Gernika. En nombre de los supervivientes, contesté yo al embajador diciéndole que si entonces que habían venido otros alemanes a Gernika, no pudimos entendernos porque ellos estaban arriba y nosotros abajo y nos veían como hormigas que huían desesperadamente y las hormigas y los hombres no pueden entenderse, ahora sí viéndonos todos a la misma altura podíamos comprendernos y caminar juntos y en paz

Como final, he de añadir algunas notas. Mi hermano Patxi, murió joven, a los 28 años de una extraña enfermedad de tipo cancerígeno. Posiblemente nada tenga que ver, pero siempre he creído que aquel día algo se rompió en el interior de mi hermano por todo el horror que pasó y que al de muchos años después surgió en forma de aquella enfermedad. De nuestra perrita “Perla”, nada más supimos y siempre he confiado en que se salvaría y encontraría un nuevo dueño. Cuando volvimos de Francia, nos regalaron una nieta suya, del mismo color que ella y que al crecer se convirtió en su vivo retrato. Le pusimos el mismo nombre y siempre la consideramos como si fuera la que habíamos perdido.

En algunas partes, hablo de milicianos y otra de “gudaris”. Estos últimos eran los soldados de los partidos vascos. Los primeros pertenecían a partidos de ámbito nacional español: socialistas, comunistas, anarquistas, etc. y vestían como uniforme un “mono” o buzo de trabajo, como los que llevan los obreros de las fábricas.

Algo que ha dado mucho que hablar, ha sido el número de muertos que hubo. Cuando llegamos a Francia, leí en un periódico que habían sido 3.000 y aunque me parecieran muchos, después de haber visto lo ocurrido creí que podía ser verdad. No hace mucho tiempo, también un periódico de Bilbao, publicaba una foto de una calle del Gernika anterior a la guerra y hablando de los muertos, daba la misma cifra. Posiblemente, en el momento del bombardeo, la población de Gernika sería de 7 ó 9.000 habitantes, teniendo en cuenta el número de refugiados, los soldados acuartelados, etc., lo que supondría que dando por cierta la cifra arriba citada, en Gernika murió una de cada tres personas. En mi casa, teniendo en cuenta nuestra familia, los tíos y primos que habían llegado como refugiados, éramos 12 personas y ninguna murió. Y mirando a las familias de mis amigos y conocidos, tampoco da ese porcentaje. Creo que se ha querido magnificar la catástrofe cargando las tintas en los muertos, como si estos fueran los que dieran la medida del desastre. La revista del pueblo “Aldaba” ha hecho un estudio sobre este asunto y recientemente publicó en uno de sus números la cantidad de muertos de los que se tenía constancia: eran 120. Un estudio posterior, ampliado a los caseríos y pueblos cercanos de donde pudo haber gente que ese día se trasladó a Gernika, elevó la cifra hasta unos 220 muertos. Es posible que fueran algunos más por fallecimiento de heridos trasladados a hospitales de Bilbao u otros lugares.

Hay una circunstancia que salvó muchas vidas. Los primeros aviones intentaron bombardear el puente sobre la ría, lo que hubiera dificultado la retirada de las tropas. No alcanzaron su objetivo aunque sí causaron alguna víctima, en una persona que se había refugiado debajo de él. Como al puente está algo alejado del centro del pueblo, y especialmente del lugar donde se celebraba el mercado, dio tiempo a que la gente se metiera en los refugios o huyera al campo, aunque esta última opción no salvó a todos ya que muchos murieron ametrallados por los aviones de caza.

Otro de los aspectos que pudieran parecer extraños, es el hecho de que ninguno de los posibles objetivos militares que había en Gernika, fueran bombardeados. Había

una fábrica de armas que fabricaba pistolas y pistolas-ametralladoras. La de maquinaria se había convertido en una fábrica de bombas. Y el resto de la industria también cooperaba en la fabricación de armamento, que en aquellos momentos, era prioritario. Y ninguna fue tocada. Todas estaban en la periferia de la población, separadas del pueblo por la vía de ferrocarril. La razón era que esperaban tomar Gernika muy pronto y podrían aprovecharse de su industria. En efecto, tres días después entraban en el pueblo.

Hoy, Gernika es un pueblo moderno y bonito, con una población de unos quince mil habitantes y en la que no quedan recuerdos visibles de su destrucción. En donde estuvo la campa de “plazatoros” hay ahora un amplio recinto dedicado a mercado, donde éste se celebra todos los lunes del año. Los jóvenes, aunque todos han oído hablar en sus casas del bombardeo, lo consideran como un hecho histórico más, ajeno a ellos.

El Ayuntamiento, olvidando hechos pasados, se ha hermanado con otro pueblo alemán, Pforzheim, también destruido, esta vez por los aliados, en la segunda guerra mundial. El gobierno alemán prometió, como acto de desagravio, construir en Gernika una escuela de altos estudios técnicos, pero al final se limitó a hacer una especie de donativo, de 3 millones de marcos, para ayudar a la construcción de un polideportivo. Hoy Gernika es llamada la Ciudad de la Paz y hay una oficina permanente dedicada a difundir técnicas de reconciliación, llamada “Gernika Gogoratuz” (“Recordando Gernika”)

TEXTO DEL MENSAJE QUE EL PRESIDENTE ALEMÁN Dr. ROMAN HERZOG DIRIGIO A LOS SUPERVIVIENTES DE GERNIKA EN EL 60 ANIVERSARIO DEL BOMBARDEO

El Presidente

De la República Federal de Alemania

Bonn, a 27 de marzo de 1997

Saludo con motivo de una recepción en el Centro de Investigación por la Paz “Gernika Gogoratuz” el 27 de Abril de 1997 ofrecido a los testigos sobrevivientes del bombardeo de Gernika

El 26 de Abril de 1937 Gernika fue víctima de un ataque aéreo del escuadrón de la Legión Cóndor que convirtió el nombre de esta ciudad en el emblema de una beligerancia que cogió a la población indefensa por sorpresa, convirtiéndola en víctima de las más terribles atrocidades. El día de Gernika y el sufrimiento humano que simboliza este nombre forman parte desde entonces del recuerdo colectivo de nuestros pueblos.

Sesenta años después del bombardeo han crecido nuevas generaciones. Pero Vds. como víctimas del ataque todavía llevan inscrito en el corazón el recuerdo de este día y sus consecuencias. Para Vds. sigue siendo presente lo que para la mayoría de nosotros es pasado a pesar de que todos nosotros debemos sentirnos apenados por el sufrimiento que cayó sobre Gernika.

Yo quiero asumir ese pasado y reconocer expresamente la culpa de los aviones alemanes involucrados. Les dirijo a Vds. como sobrevivientes del ataque y testigos del horror vivido mi mensaje conmemorativo de condolencia y duelo.

Evoco el recuerdo de aquellas personas a las que aquel día en Gernika les fue quebrada la felicidad de su vida, destrozada su familia, destruido su hogar, robada su vecindad. Comparto con Vds. el luto por los muertos y heridos. Les ofrezco a Vds. que todavía llevan en las entrañas las heridas del pasado, mi mano abierta en ruego de reconciliación.

Roman Herzog

LA CONTESTACIÓN EN NOMBRE DE LOS SOBREVIVIENTES

Hace sesenta años, tuvimos en Gernika una visita inesperada. Muchos de nosotros éramos niños aún y llegaron a nosotros unos hombres de otras tierras, que no nos conocían y a los que no conocíamos. Que ni siquiera nos odiaban porque nada habíamos hecho contra ellos, pero que no nos veían tal como éramos. Porque ellos estaban arriba y nosotros abajo. Si hubieran estado a nuestra altura, todos abajo, hubieran visto que éramos niños como los que había en su país, en su pueblo, como sus hijos o sus hermanos pequeños. Y que las mujeres eran como las suyas. Como sus madres, sus esposas o sus novias.

Pero no nos veían así. Posiblemente desde su altura nos veían como hormigas que huían desesperadamente. Y no pudimos hablarnos. Los hombres y las hormigas no pueden hablarse.

Y nos lanzaron una lluvia de fuego, metralla y muerte. Y destruyeron nuestro pueblo. Y aquella noche no pudimos volver a cenar en nuestra casa ni a dormir en nuestra cama. Ya no teníamos hogar. No teníamos casa.

Pero aquel acto, incomprensible para nosotros, no nos dejó un sentimiento de odio o de venganza, sino un deseo enorme, inmenso de paz. De que aquello no debía suceder nunca más. Y de que de las ruinas de lo que fue nuestro pueblo, debía surgir una bandera de paz para todos los pueblos del mundo.

Hoy tenemos otra visita. Otra vez llegan a nosotros gentes de otras tierras. Pero vienen de frente y con la mano tendida. Ya no hay unos arriba y otros abajo y por eso, aunque hablemos distintas lenguas, podemos entendernos. Y ahora, sí. Ahora podemos hacer lo que entonces no pudimos. Abrir nuestros brazos y decirles: Bienvenidos a Gernika, marchemos juntos en paz. Ongi etorriak.

CARTA DE LOS SOBREVIVIENTES AL PRESIDENTE ALEMAN

Sr. Presidente:

Hace sesenta años destruyeron nuestro pueblo y los responsables de aquel crimen propalaron por todo el mundo la noticia de que habían sido las hordas vascas las que lo habían hecho en su retirada. Que nosotros, los vascos, habíamos sido los autores de aquel horror.

Los supervivientes, los testigos directos, fuimos obligados a callar, fuimos amordazados para no desvirtuar la “verdad” oficial. Enterramos a nuestros muertos, perdimos a muchos de nuestros amigos, que, sin hogar y destruido su negocio, hubieron de marchar a otras tierras y callada y lentamente, fuimos levantando de sus ruinas, otra vez nuestro pueblo. Nada pedimos ni nada exigimos. No se albergó el odio ni el rencor en nuestros corazones, pueden decirlo los alemanes que nos conocen y sólo quisimos que nuestro pueblo fuera el ejemplo de lo que nunca más debía ocurrir.

Hemos oído ahora hablar de gestos políticos de buena voluntad e incluso del precio que se ha fijado por ellos. Se ha hablado de marcos y pesetas y no lo hemos entendido. Quizá porque no somos políticos. Pero cuando en un acto de la celebración del sesenta aniversario del bombardeo su embajador nos leyó el mensaje que nos enviaba, sí lo hemos entendido. Porque desde la altura de su cargo ha tenido el valor y la humildad, en un gesto que le honra, de asumir la autoría del bombardeo por la Legión Cóndor. Y lo hace con elegancia, extendiendo la mano en un gesto de reconciliación.

Aquí está también la nuestra.

Muchas gracias, señor Presidente.